

ANTECEDENTES HISTORICOS

Resulta forzoso, por su singularidad, hablar de los orígenes de la Asociación de Amigos de la Universidad de Alcalá –también conocida por las siglas A.A.U.A.- cuando se trata de historiar su “ayer”, pues creemos que aquéllos reflejan la sintonía de nuestra Ciudad, y no por primera vez, con el carácter universitario heredado de Francisco Jiménez de Cisneros.

Dice el profesor José Morilla Critz, en la obra *La Universidad de Alcalá (Madrid 1990)*, que “la utopía de la recuperación de la Universidad fue a lo largo de los siglos XIX y XX un elemento de unión entre todos los alcalaínos”; nosotros añadimos que fue precisamente esta unión ante una idea común, expresada mayoritariamente en dos momentos de la reciente historia de la Ciudad, la que dio lugar a la sucesiva creación de otras tantas entidades hoy vivas en el acontecer cultural de Alcalá de Henares: la Sociedad de Condueños de los edificios que fueron de la Universidad y la Asociación de Amigos de la Universidad.

No nos corresponde a nosotros analizar aquí a la mencionada Sociedad de Condueños, pero parece necesario recordar que su gestación obedeció a un sentimiento popular ante el continuo deterioro y riesgo de desaparición de los inmuebles de la Universidad Cisneriana, tan arraigados en el patrimonio de la Ciudad.

Ese sentimiento popular, manifestado fehacientemente y aun con ciertas dosis de exigencia a las autoridades locales y estatales, llevaría a un grupo de alcalaínos a comprar primero dichos edificios -documentalmente un 12 de diciembre de 1850- y a constituir después con éstos el patrimonio inicial de la que fuera y es Sociedad de Condueños desde el 12 de enero de 1851. Hoy, la práctica totalidad de esos edificios vuelven a estar ocupados por la Universidad de Alcalá, cumpliéndose así, sin duda alguna, el sueño de aquellos alcalaínos y haciéndose más patente y perdurable su gesta.

Al frente o dando soporte a aquella noble respuesta popular, coinciden en señalar Jesús Fernández Majolero y Francisco Javier García Gutiérrez en sus respectivas obras sobre la Sociedad de Condueños, que había doctores de la Universidad, miembros del Cabildo Magistral y de la Corporación Municipal, licenciados, así como empresarios agrícolas -principales beneficiados de las sucesivas desamortizaciones, puntualiza este último autor-, comerciantes, albañiles, carpinteros, etc.; una variada representación ciudadana y ésta de naturaleza diversa, ya que, por ejemplo, abundaban los vecinos de origen vasco.

Un sentimiento popular, en el que nos detendremos más adelante, sería también el que culminaría, ciento veintiséis años después, en la Asociación de Amigos de la Universidad de Alcalá.

Sin embargo, en manera alguna pueden compararse las condiciones sociales en las que se desenvolvían los pobladores de la Alcalá de Henares de mediados del siglo XIX y los de las décadas sesenta y setenta del XX recientemente finalizado.

La decadencia de la Ciudad había ido paralela a la de su Universidad, ya desde las primeras décadas del siglo XVIII. El notable descenso de profesores y de estudiantes -éstos pasaron de 1.351 a 542 en esa centuria- había ido reduciendo notablemente la actividad comercial y con ella la producción artesanal y agrícola, principales actividades de la zona, y las necesidades de alojamiento; todo ello quedaba agravado con el definitivo traslado de la Universidad a Madrid y llevaba la población a sólo 3.068 habitantes en el año 1842 cuando en 1835 la constituían 6.108, según recoge Carlos Clemente en obra *La Universidad de Alcalá* ya citada.

En contraste con este panorama desolador, que nos debe hacer valorar aún más la gesta de la Sociedad de Condueños, Alcalá de Henares acoge, precisamente desde 1960, quizás por proximidad y disponibilidad de espacios, el excedente del desarrollo industrial de la capital de España y aparecen importantes instalaciones que requieren notables aportaciones de mano de obra y que, al ser ésta procedente en su mayoría de personal inmigrante, tiene un efecto multiplicador en el sector de servicios y en particular en su rama de la construcción, al aumentar la demanda de viviendas.

Consecuencia de esa industrialización y de su continuado crecimiento, son esas décadas de los sesenta y setenta tiempos de fuerte desarrollo demográfico en nuestra Ciudad, acrecentado por la facilidad de los desplazamientos a los puestos de trabajo en poblaciones vecinas. Baste decir que en 1975 la habitaban ya más de 100.000 personas cuando al principio de los sesenta sólo lo hacían 25.123, cifras ambas aportadas por Mercedes Molina y José Estébanez en la mencionada obra *La Universidad de Alcalá*.

También llevan aparejados esos años un desconocido desarrollo económico en las zonas afectadas, lo que, unido a la existencia de una población elevada en edad estudiantil, va a repercutir en una gran demanda futura de plazas universitarias que, en el caso de Madrid, rebasará sus capacidades previstas y obligará a las Autoridades del Estado a planificar la creación de nuevas Universidades.

Urgía buscar acomodo a tal excedente de alumnos y el Ministro de Educación, en mayo de 1965 y en la ciudad de Cuenca, asume la necesidad de crear nuevas universidades y es precisamente esta declaración la que vuelve a despertar lo que nosotros llamaríamos "la conciencia universitaria complutense". La vecindad de Alcalá -que, por efecto de la comentada inmigración, ya tenía mayoría de nacidos fuera de esta tierra, con sus responsables municipales al frente, creyó haber encontrado la oportunidad de volver a dar vida universitaria al preciado patrimonio inmobiliario cuya mayoría aún custodiaba la mencionada Sociedad de Condueños y, consecuentemente, empezó a movilizarse en pos de ese sueño.

La Corporación Municipal, presidida desde el año 1957 -de forma continuada- por Félix Huerta y Álvarez de Lara, a instancias del entonces responsable de su Comisión de Cultura, Francisco Javier García Gutiérrez, solicita al Ministerio de Educación y Ciencia que sea Alcalá la receptora del alumnado excedente de la Universidad de Madrid. Éste es, quizás, el pistoletazo de salida a las numerosas acciones que sucesivamente van a ir protagonizando, a nivel institucional y de calle y en los medios de comunicación locales y nacionales, personas jurídicas y físicas de la Ciudad, y que ya no se interrumpirán hasta la consecución del viejo y único objetivo previsto: la Universidad de Alcalá.

No creemos que debamos extendernos aquí en describir esas acciones, algunas harto ingeniosas, ni en enumerar las idas y venidas que la idea de crear una segunda, más tarde una tercera, luego una cuarta universidad para el distrito de Madrid, provocó en los medios políticos y universitarios regionales e incluso estatales; tampoco en hacernos eco de las ilusiones y desilusiones que, a resultas de tantos vaivenes, se iban aposentando en los círculos culturales alcalaínos.

Por el contrario, sí parece oportuno recordar algunos hechos que demuestran la directa implicación de las autoridades municipales y universitarias -y de las propias entidades culturales privadas- en la canalización del espíritu de las movilizaciones ciudadanas vividas, principalmente entre los años 1969 y 1977, en Alcalá de Henares.

Con carácter bastante regular, durante el bienio 1976/77 se habían estado sucediendo en el Salón de Gobierno del propio Ayuntamiento, a la sombra de la Biblia Políglota, reuniones de una comisión informal auspiciada por miembros de la Corporación Municipal y por responsables del Campus de Alcalá de la Universidad de Madrid -este Campus había empezado a ser operativo en 1.975 y tenía como objeto descongestionar provisionalmente las aulas de la Universidad de Madrid-. Participantes asíduos de esas reuniones eran Francisco Javier García Gutiérrez, Rosario Fernández Dovermans, Felipe Calvo Calvo, Enrique Martínez Moreno, José Morilla Critz, Emilio Sanz Galván, José García Saldaña, Ramón Gaviña Múgica, Juan J. Rodrigo Tobajas, ..., siempre bajo la coordinación de Asela Sanz Herranz y con el objetivo único de una futura Universidad en Alcalá.

Esa misma comisión informal, acompañada en algunos casos por el entonces Alcalde de la Ciudad, Fernando Sancho Tomé, también había realizado ya importantes visitas a los responsables de entidades oficiales de ámbitos provincial y nacional.